



**GASTÓN BAQUERO**

## **Un festín para el horóscopo**

«El Libertador» es también una fiesta para quienes creen en el horóscopo. Bastaría y sobraría él como prueba de que hay algo en eso de las estrellas encima de la cuna del hombre. Explican los expertos que «El Libertador», nacido en el signo del León, apareció precisamente en un momento en que se formaba no se qué triángulo celestial con Marte. Y para acorde de perfecciones, había como una conjunción con la Luna y con Venus. O sea, que el Bolívar valiente como un León, enamorado siempre, con tendencia a la melancolía, hijo predilecto de Marte, llegó a esta tierra trayendo todos esos sellos impuestos sobre su frente por la propia mano del cielo.

Dícese que los hijos del León, y más en ese sector que alumbró el nacimiento de Bolívar, son, sobre belicosos, dados al gran teatro, a la escenificación brillante, al aparato y a la fantasía. En ese mismo signo y también en un día 24 de julio nació Alejandro Dumas padre, que no estuvo materialmente en un campo de batalla, a lo que yo sé -o a lo que no sé-, pero

indudablemente tenía debilidad por Marte. La gente pendenciera, de espada en mano y de mucho guerrear, era la favorita del maravilloso mulato don Alejandro. Y para corroborar lo que afirman los de los horóscopos, ocurre que bajo el propio signo del Libertador nacieron: Napoleón Bonaparte, que en teatralizar y en guerrear dejó su marca como se sabe; Garibaldi, Luis XIV, hombre pesado, pero de mucha milicia, Bismarck, Danton. ¡Metralla, fusilería, teatro y gesticulación por todas partes! El cuadro de violentos, fuertes, peleadores, está bastante bien servido. -197- Pero como esto de los horóscopos es tan complicado, en cuanto los profanos comenzamos a interesarnos en el asunto al ver el desfile de certidumbres, ocurre que nos enteramos de que también, bajo el signo del León, nacieron personas como Shelley y como Liszt (éstos tienen algo en común, una cosa de tempestad y de cabellera al viento, cachorritos de león devorando mariposas), como Lorenzo el Magnífico, Petrarca, Benito Mussolini, Cavour (cuatro italianos, cuatro temperamentos de intensidad poco común), y de pronto ¡Herbert Hoover, el pintor Rubens, Henry Ford, el Nehru, Rockefeller el Viejo, Salazar, Bourguiba!, o sea, que la habitación se va llenando de un público formado por personas a las cuales uno no les descubre la proximidad, el remoto linaje espiritual que emparenta con el León y con Marte. ¿O será cuestión de comprender que hay algo de energía de león y de acometida guerrera en hombres como Rubens, y como Herbert Hoover, como Salazar y como Henry Ford? Tenaces y pertinaces sí son todos esos. Haya lo que haya en esto del horóscopo, lo indudable es que Bolívar llena de señales, de anticipaciones, de avisos, todo un cielo. Si no existiera eso de establecer una relación entre la posición de las estrellas y el destino, habría que inventarlo para explicarse lo que en «El Libertador» hay de ser astral, de persona comunicada verticalmente con las estrellas. (El planeta bautizado «Bolívar» por los astrónomos, a propuesta de Flammarión, está entre Marte y Júpiter, a 400 millones de kilómetros del Sol: un acierto).

Su vida, podemos verlo a la luz de esas descripciones astrológicas, pertenece enteramente al reino de allá arriba. (Alcemos los ojos un instante al cielo). Es un Sol condensado en figura humana. Desde que despunta de niño entre sus hermanos, de joven en la corte, de hombre quemándose en su

terrible y celestial destino, lo que parece es una ceremonia, un ritual del Sol moviéndose a ras de tierra entre los hombres. Hay algo quemante en sus ojos, en su pelo, en su prisa al andar. El viejo Choquenagua, el de Pucará, vio en él la reencarnación incaica, el mito solar al alcance de la mano. Martí sintió en sus entrañas el fuego viviente de Bolívar: «Vivió como entre llamas, y lo era», define. Dicen que en un salón su persona era poderosa e imperiosa como en un campo de batalla. Por donde quiera que se le mire, quema. Y se le desnuda la gran condición solar que tiene, no tanto en los momentos decisivos, creadores de historia, paridores de frases, relampagueantes; lo que de verdadero sol encarnado, hecho hombre hay en él, irradia sobre todo en el estilo de su desaparecer, de su hundirse en la muerte. -198- Quienes presenciaron la pavorosa disolución de los dos últimos meses del cuerpo del Libertador sobre la tierra, sintieron, no que se iba muriendo, sino que se iba apagando. No era un hombre moribundo, era un astro en el poniente. Creo que por eso se fue junto a la mar para morir, como el sol se va allí a cada atardecer, buscando la inmensa mortaja de las aguas, el horizonte del mar, que es su tumba. La muerte de Bolívar es enteramente una puesta de sol. ¡Pobre del león herido, exangüe ya, que se encamina despaciosamente, pero majestuosamente todavía, hacia el postrer refugio, y va agitando la poderosa cabeza, y los cabellos al moverse son los rayos del sol, guerreando contra las tinieblas, oponiendo a la muerte la llamarada última, la más ardiente y hermosa! No quiero pensar en lo que de ascuas, en lo que de carbunclos al rojo vivo tenían los ojos del Libertador en aquellos días de la fiebre definitiva, de la exaltación suprema. La materia celeste, el gran mineral caído en masas desde el cielo, cuajado en fuego, en alma, se disolvía al fin. «Soy como el sol en medio de mis tenientes: si brillan es por la luz que yo les presto», decía, sin vanidad, con el natural reconocimiento de quien se mira en un espejo y cuenta lo que ve. Para recoger entre los dedos las cenizas del sol apagado, llegan las constelaciones de aquella hora de diciembre. ¡Qué lejos está el León, cuán remoto se ha ido Marte, y cómo Venus opaca sus fulgores! Las constelaciones sombrías, parteras del morir, acuden. Los seres que mueren por estos días son los que ardieron mucho, los cirios que se quemaron por ambos extremos. Diciembre es el ocaso del tiempo, y es el sendero de los humanos ocasos

magno, de los que significan de cuerpo entero el hundimiento de un sol. Mozart murió también bajo la sombría vigilancia de estas constelaciones. Mozart era un sol pintado por Rafael (pintor de cámara de los ángeles), en tanto que Bolívar era un sol pintado por Dios en persona. Bolívar es la aurora eterna de América.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

